



LLuvia

A Caco León

Hace años, cuando aún no había carretera, para ir desde esta loma a la ciudad y con tal de no enfrentarse al abismo repetido de los barrancos, la gente debía subir y subir, monte a través, hacia lo más alto, luego bordear las cumbres y finalmente descender por las breñas hasta Mirca. Durante dos o tres jornadas por cuestras y senderos zigzagueantes, los hombres llevaban un saco al hombro y las mujeres una cesta de mimbre a la cabeza, casi siempre cargando boniatos, ñame y trigo para trocar por almendras, café o tejidos estampados. Luego en la capital habría oportunidad de visitar a algún pariente y darse una vuelta memorable por los alrededores de la Plaza de España. Poco más tarde el regreso, no menos penoso que la ida, al menos ofrecía tiempo de sobra para proyectar en voz alta el posterior disfrute de lo conseguido. Algo es algo.

Tampoco faltaban ocasiones en que aquella jodienda de subidas y bajadas se debiera a un corto pero inexcusable papeleo de ventanillas oficiales. Aunque no hubiese carga en esas otras excursiones rápidas, tanto para allá como para acá sí que descorazonaba cada repecho y aun cada paso, como en un vía crucis sin sentido redentor. De esa clase de caminata fue la última de las hermanas Expósito, dos viejas arriscadas que, por no perder un aumento de su pensión de viudedad, debían personarse antes de fin de año en la oficina del registro civil. El ocho de diciembre les llegó la nota de citación y ya el mismo nueve, una vez resueltos sus escasos compromisos domésticos, emprendieron el viaje con premura, no fuera que la frecuente tardanza de los trámites de despacho les diese un susto innecesario.

Las acompañaba Blasito, el más pequeño de la familia, canillas flacas y ágiles, llenas de machucones. Doña Lucía le dio sobrados argumentos a su hija Charo:

– Cuanto antes firmemos, mejor. ¿Y no crees que Blasito debería ver mundo?

El niño aún tenía un par de dientes de leche y apenas trazaba las primeras letras pero, qué caramba, ya sabía ordeñar y coger pasto y cavar papas como un hombre y traducir los cambios de nubes. Por otra parte, tampoco se hubiera visto bien que una familia entera dejase solas a dos viejas monte adentro.

Justo en plena amanecida, con ese sabor a café en



la boca que los meditaundos llevan de Guatemala a Guatepeor, salieron sigilosamente por el camino empinado, rente al muro de la galería. A las once ya avistaron las cumbres con su corona de codesos. A media tarde, ante los primeros tejados de La Galga, se dispusieron a merendar pan con queso duro y un peloto de gofio. Desanudado el pañuelo, doña Pancha, la otra Expósito, quiso comprobar que los papeles timbrados seguían en su sitio. Le subió a la cara el rubor de los sope-tones.

–Ay, que no traje la célula de identidad.

–¿Qué? ¿Cómo va a ser eso?

–Sí, sí, pues mira, que debí dejarla en el poyo de la cocina.

–Vaya gracia

Tener que recular a aquellas alturas del día y del sendero era mucho más que un fastidio para dos señoras de tan quebradizas cinturas, así que de muy mala gana se vieron obligadas a confiar al nieto la chinchosa misión de un regreso urgente.

–Sin ese documento no somos nadie –quien no la conociera bien diría que doña Lucía casi suplicaba un imposible. Educado bajo la vara que mide a los diligentes, Blas entendió a la primera el tono admonitorio de aquel lamento.

–Voy a buscarlo– dijo en voz bajo.

Le dieron mil consejos apelotonados con dos besos sonoros: que caminara derechito y sin demora pero con cuidado de no caerse, que fuera tranquilo, todavía quedaba mucho para la noche cerrada e incluso cenaría con sus padre, y, por favor, que no diera media vuelta hasta el amanecer, ellas lo esperarían en aquel mismo claro, tapaditas con un mantujo, dispuestas a proseguir, Dios mediante, a media mañana.

–Anda, mi niño.

Las viejas sabían matar el gusanillo de las horas bobas. Pronto se enfrascaron a gusto en una de sus rehiladas chácharas nocturnas, convencidas de que la prestancia del nieto, serio y cumplidor como ninguno, lo haría volver sin mayores problemas sobre los propios pasos. Doña Pancha recordó que en cierta ocasión, allá en sus tiempos de soltería, tuvo que recorrer sin compañía una pista mal pavimentada hasta el barrial de El Lomo para llevarle unas labores de ganchillo a la prima Carmen Nieves. Al pasar por la Cruz Chica se persignó tres veces, la primera de ellas con el dedo pulgar. Fue en verano, antes de las fiestas de la patrona, y el olor a estiércol seco le provocó una pequeña taquicardia.

–Taquicardia, sí. Anda, anda, que lo que pasó es que por allí vivía Florencio –rió doña Lucía.

–El pobre. Dios lo tenga en la gloria.

Blasito vino a recalar a su casa más o menos al caer la noche. Le ardían las plantas de los pies.

Según el sobrio fundamento de los suyos, dio pocas pero suficientes explicaciones de lo sucedido.

–Muy bien –le dijeron con la mano en el hombro. –Ahora come algo y acuéstate – sobre todo se sintió halagado por la mirada del padre.

Durmió en el jergón de Pedro. Nunca se le había dispensado tal honor. Al cabo de unas pocas horas, aún a oscuras, la madre le susurró al oído:

–Blasito.

El niño se levantó enseguida. No tuvo paciencia sino para desayunar apenas una tazona de leche. Sin azúcar. La nata se le adhirió al cielo de la boca.

Al salir, Charo le dijo desde el postigo de la cocina:

–Queda muy poco para que amanezca.

Con esa certeza Blas inició la ruta ascendente sin candela ni fósforos, abotonándose hasta el cuello, escupiendo a un lado en actitud de machote. La luna medio oculta por momentos se apagaba del todo mientras la brisa se hacía extrañamente espesa. Lo que el chico no pudo sospechar, ni siquiera tras un kilómetro de marcha casi a tientas, es que su madre hubiera errado en el cálculo de la inminencia del alba: ante el apuro de sus tías, o quizá sólo perturbada por un mal sueño, la mujer se despertó antes de lo habitual sin caer en la cuenta de que era demasiado temprano, avistó mal las luces del cielo y se dejó llevar por equívocas señales del estómago. El reloj de la casa llevaba años roto, arrinconado en el alpendre, porque ella siempre intuía la hora con asombroso acierto.

–No sé. Me lo dicen las tripas. Y la luz en la raya del horizonte– solía argüir.

Pero aquella madrugada tuvo su primer y más lamentable traspies. No eran aproximadamente las siete cuando despertó al hijo. Ni siquiera eran aproximadamente las seis, ni las cinco.

Al principio Blas andaba lento y sereno; luego, al recrudecerse la oscuridad, se sintió dominado por una impaciencia peligrosa. Aumentaron los trompicones, los arranques y las paradas en seco, dentro y fuera del camino, subiendo y bajando, sobre tierra o sobre pinocha resbaladiza. Así se movió y se removió no se sabe cuánto tiempo, preocupado por mantener el equilibrio con los brazos extendidos hacia adelante, hasta que al fin advirtió que su bamboleo nada tenía que ver con la perseverancia viril ni con el sentido de supervivencia de los ciegos, sino con la angustia de un chiquillo perdido en el bosque. El bosque profundo, húmedo, habitado por mil alimañas. A lo mejor el bosque del Cubo de la Galga, lleno de tilos y viñáticos. A lo peor el origen de uno de tantos barrancos ignotos.



Por encima de la carraspera y la respiración acelerada, Blas podía escuchar sus latidos en la vena del cuello e incluso en las orejas calientes. Hacía largo rato que las piernas le temblaban, sacudidas por auténticos espasmos. No lo inquietaba la posible aparición de una bestia, ni los rugidos del aire desde la maleza presentida, sino aquel negro circundante, absoluto como el vacío o la nada o el infinito.

—Ay, mamá— no se atrevió a gritar.

Si acaso intuía el jugueteo de las ramas trayendo algún que otro runrún. A veces resonaba algo así como el llamado de un alma en pena. El niño sólo conocía la historia de una auténtica alma en pena, la de la damita Van de Walle: siglos atrás, desde su sepulcro en la capilla señorial de la ermita, atemorizó a los habitantes de San Andrés con espantosos chillidos de socorro. Hacía poco tiempo, en unas obras de restauración, al encontrarse su esqueleto estirado en la escalera de la cripta, se supo que por error la debieron sepultar viva, como dormida, recordaba Blas.

Sus manos se toparon con la superficie musgosa y plana de una enorme piedra. Una caboca, desde luego. Se fue acurrucando poco a poco en el hueco que se cerraba en la base de la caboca, hasta casi incrustarse en los márgenes del ángulo cerrado, allí donde comparten arcilla los caracoles. El niño no se explicaba la tardanza del sol. La palabra de su madre nunca se había despojado de peso y sensatez. Desde el candor Blasito quiso discernir, lejos de la pura verdad, un tropel de desgracias acechantes. Jamás había presenciado el prodigio de tanta arritmia imprevista en los ciclos del cielo nublado. Era la noche que caía encima de la noche.

—Imposible— se escuchó decir, como en sueño.

Lo único que le vino a la cabeza fue el anuncio del apocalipsis que don Federico había descrito en una sesión de catequesis: momento llegará, avisó, en que sobre nuestras cabezas reine la oscuridad total, la noche eterna, el agujero negro, el desagüe por donde se pierde el mundo. O algo así. Ahora la idea le iba creciendo y tomaba cuerpo en simples enunciados repetidos con cada latido en la vena del cuello: ay, mamá, el fin del mundo, Blasito, ay, mamá, el fin del mundo, Blasito, el fin, el fin, una y otra vez, como la cantinela del rosario, quizá para limar inconscientemente el tiempo muerto. Oh, el tiempo muerto.

Tanta sospecha hubo de verse reforzada por la aparición repentina de una lluvia tenaz fuera del hueco de la caboca, en el negro de la noche interminable.

En breve el agua caería a cántaros. No tardó en resonar por todas partes un redoble de barro y bolotes rodando, la furia del chaparrón y la sordina de las ramas, el crujir de un tronco, el desgarrar de las raíces, la fronda estremecida, el corazón crepitante del niño y, a lo lejos, un trueno, pero sin relámpagos. Dios mío, pero sin relámpagos, ay, mamá, el fin del mundo, Blasito, el fin, el fin.

El niño pensó en la muerte perra, la muerte de los bueyes enfermizos, de los viejos encamados, de los

capirotos presos. Pensó por primera vez en su vida en su propia muerte. Y se encontró de golpe con el horror. Nunca antes había conocido el horror. Sintió como ronchas en la piel de gallina, en el cuero cabelludo, en el pecho, por fuera y por dentro del pecho. Quiso recordar el mejor rostro de su madre. Dijo:

—Mamaíta.

Y sin querer acabó enumerando las tareas pendientes de esa semana, como afilar la hoz y el machete, coger tagasaste en la relva de los Abreus, limpiar el pajero, buscar agua en el pozo de La Galga, llevar la pinta barbuda a que la montase el chivo de los Feliciano (el viejo chivo barbudo, bizco, el muy cabronazo), encordonar los zapatos de misa, ayudar al padre en la platanera de don Manuel, ayudar al padre en la platanera de don Sixto. Y cazar ratas con Felín, coño.

Cuando aquel terrible palo de agua remitió, el bosque se puso mudo. Peor aún. Y entonces el niño se acurrucó más en su hueco. El mundo se escurría por sus pupilas dilatadas.

Limpia la pila del bernegal, limpiar la empleita de abuela Lucía, sacarle brillo a la empleita, dejarla como una corona de rey mago, echarle de comer a las cabras por la noche, decirles palabras blandas a las cabras para que se carguen de lechita.

Blas pensó: cuidado, que en una de estas viene el coco y me lleva consigo. Blas sabía que se iba a morir y se le descompuso el estómago. Se le secó la lengua.

La señora Van de Walle vagaba no muy lejos de la caboca, con un camisón blanco fosforescente, cantando himnos.

Era como si se lo hubiera comido un lagarto gigantesco. La barriga del lagarto trasegaba un sinfín de tierras tiernas, la digestión de una cena farragosa e interminable.

Así una hora.

Hasta que, arrancado del vértigo, pareció iniciarse el espejismo de una irisación casi imperceptible sobre dos o tres arbustos chorreantes. Le faltaba un soplo de evidencia a la mañana nueva cuando los mirlos y las grajas empezaron a desperdigarse desde la altura.

Hubo de aclarar de manera ostensible antes de que Blas se decidiese a salir tímidamente, de rodillas y con la espalda hundida. A lo largo de la bóveda verde proliferaron, tililando, tenues guiños de luz. Ya de pie, dispuesto para la última palabra, Blas se puso a llorar, moqueante, escandaloso.

Luego arrastró los pies, sin rumbo, por el lodazal rojo de la fronda. ¿Acaso estaba dormido? Tropezaba desgarrado, exangüe. El hipo y las lágrimas apenas lo dejaban situarse en la

penumbra. Aun así, durante varios segundos de milagrosa lucidez, alcanzó a vislumbrar la silueta de un hombre al otro lado de la barranquera. Convencido de que al fin el coco se decidía a envolverlo en su hálito de bicho hirsuto, el niño cerró los ojos. El corazón se le disparaba más allá del simple arrebató de pánico.

Ese es el verdadero motivo por el que, cuando el desconocido se le acercó, apenas dio dos pasos hacia adelante, como insomne que se entrega a la fatalidad.

Era un hombre joven y sucio, de barba espesa, tocado con boina.

—¿Estás solo? — le preguntó.

Blas se sentía acongojado y libre, muerto de miedo e ingrático.

—Tranquilo, chiquito

El hombre lo guió de la mano por el margen izquierdo, menos limoso, hasta un claro espléndido que se abre cerca del puente de las moras. No transcurrieron ni diez minutos. Blas empezaba a comprender que realmente ya no había peligro. En el trayecto ninguno de los dos dijo esta boca es mía. Aquel extraño ángel de la guarda actuaba discretamente, sin dar explicaciones.

La mano del hombre era grande y callosa. Sin embargo, no tenía presencia de labrador, ni de cabrero. Así lo describiría el chico al volver sano y salvo al caserío. Todos, alertados desde hacía rato por Charo, lo esperaban tras la tormenta, vociferando el nombre de Blas, Blas y venga Blas. Se enteraron hasta los vecinos del barrial más próximo a la playa. El padre supuso acertadamente que el mocetón que lo trajo al castaño grande era uno de los alzados republicanos, fugitivos de la justicia desde la llegada del “Canalejas”.

El niño regresó aletargado, como con la mirada turbia de los tísicos, o casi. En pocas horas se le había llenado la cabeza del fluído dulce y zumbón que hace a los viejos esbozar sutiles acertijos y callar las obviedades. Con su mismo cuerpo menudo, con su voz atiplada y sus piernuchas, aquel día Blasito se había convertido para siempre en un anciano. Y lo cierto es que nadie, con reconocerlo en aquella apariencia de pibe frágil, fue ajeno al prodigio.

De que las hermanas Expósito arreglaran sus papeles muy pocos se acuerdan, eso seguro, pero el fenómeno del niño viejo sigue siendo tema de conversación en los berejeques de este pago. Un niño que vivió a solas la noche de los tiempos y pudo sentir cómo sus entrañas de pronto se volvían sabias y prudentes. Un niño muerto pero vivo. Vivo muerto. Cuando la gente hoy habla de Blas en cierto modo parece referirse a un niño al que hace años se hubiese tragado la tierra.